

Aguas aéreas

Un tesoro de 1611

David Huerta

Los diccionarios deberían ser instrumentos fundamentales del trabajo literario; pero no suelen serlo, por desgracia. Ofrezco a continuación una minúscula historia, ilustrativa de ese “deber ser”.

Un viejo poeta mexicano le decía a un muchacho, novato en las lides poéticas: “Joven amigo, en la vida hay dos cosas que no cuestan nada: soñar y consultar el *Pequeño Larousse Ilustrado*”. El muchacho había ido a buscar el consejo de una rica experiencia y, quién sabe, acaso un reconocimiento autorizado de su genio naciente. Pero el poeta bisoño había utilizado en un poema cierta palabra (pudo ser “coloide”, “intersticio”, “fanerógama”) cuyo sentido no conocía en absoluto —o no conocía con exactitud—; la ignorancia del poeta joven resultó evidente en la conversación con el maestro, y éste se la señaló con ese consejo sobre un par de cosas valiosas y gratuitas de la vida: el sueño, la consulta del diccionario.

Así, la verdad, no se puede escribir un poema pasable, ya no digamos bueno o genial; ni se puede casi escribir cualquier clase de texto. De todas maneras se escriben poemas, cuentos, novelas y libros así de gordos, en ese estado sonambólico en cuanto al léxico; pero es un asunto situado más allá de los límites de estos renglones. El mundo soñado por el maestro Arriago Cohen —muerto en enero de 2007—, utopía lingüística habitada por una comunidad de hablantes responsables e informados, está cada día más lejos; todos nos acercamos al mundo del idioma aplanado, reducido a su mínima expresión, objeto de la legislación de locutores, publicistas y políticos de ignorancia abismal. Pero los idiomas evolucionan de acuerdo con sus propias leyes y suelen sobrevivir a toda clase de “amenazas”.

Alguna vez leí esto: un poema es el resultado de una negociación entre el diccionario y el sueño. La descripción es cursi, lo reconozco; pero tiene el mérito de apuntar en la dirección correcta, al menos en lo relativo al diccionario. Del sueño no respondo: escribimos despiertos, o así deberíamos escribir; si lo pienso con más detenimiento, descubro, empero, cuánto de sueño y de pesadillas hay en algunos textos redactados en ese estado descrito líneas arriba: sonambulismo, frontera *zombie* del escritor *intuitivo*.

¿El diccionario? ¿Cuál? ¿Un diccionario manual, etimológico, especializado, escolar, filológico? Sólo un puñado de los escritores, entre mis conocidos, suelen consultar el formidable lexicón, en seis tomos densos, de Joan Corominas, diccionario etimológico y lo más parecido en nuestro ámbito lingüístico y cultural al monumental *Oxford English Dictionary* (OED). (Recordemos siempre la descripción de Anthony Burgess: el OED le parecía “el más largo poema jamás escrito en la lengua inglesa”). Unos cuantos dentro de ese puñado de lectores o escritores tienen, además del Corominas, una colección de diccionarios de otro tipo, entre ellos algunos históricos, llenos de curiosidades. Menos aún, dentro de ese grupo diminuto, poseen o siquiera conocen el primer diccionario de nuestra lengua: el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), de Sebastián de Covarrubias Orozco. Es el primero de su tipo, consagrado o concentrado en la sola lengua española; lo llamo “el primer diccionario” pues los anteriores eran sobre todo ayudas en la lectura del latín.

El gran libro de Covarrubias despertó de inmediato mi simpatía cuando supe de él. “El Covarrubias”, suele llamársele, por metonimia, en ciertos ámbitos de estudio;



Sebastián de Covarrubias Orozco

cuando no se le llama así, se indica con la abreviatura *Cov.* Años después, al tenerlo por fin entre las manos, me alegró comprobar la simpática manera en la cual, entre otras amenas cuestiones, zanja para siempre “el problema” de cómo llamar a nuestro idioma, y lo hace en su propio título: castellano o español. Nos preguntamos continuamente cómo llamar a nuestro idioma. Lo dice el autorizadísimo don Sebastián de Covarrubias: español o castellano. Eso no impedirá a los infatigables maxmordones insistir en esa discusión inútil.

Hay unas cuantas ediciones de esta obra precursora; la más reciente es la mejor. Esta edición del Covarrubias es el fruto del trabajo colectivo de una agrupación académica ejemplar: el GRISO, por su acrónimo, o Grupo de Investigaciones Siglo de Oro, dirigido por un monstruo en cuanto a su capacidad de trabajo: el profesor Ignacio Arellano, de la Universidad de Navarra, en Pamplona.

La aparición del Covarrubias ocurre en el momento de una eclosión casi milagrosa. En 1611 estaban vivos y activos Miguel de Cervantes, Luis de Góngora, Lope de Vega y Francisco de Quevedo, entre muchos otros autores “áureos”. Seis años antes, en 1605, se había publicado la Primera parte del *Quijote* en el taller de Juan de la Cuesta y con los dineros de Francisco de Robles; en un par de años más se desataría la polémica literaria más perdurable, agria y

de mayores repercusiones de nuestra historia literaria, en torno a los dos grandes poemas gongorinos; Lope estaba en el cenit de su fama y de su inmenso prestigio y popularidad; Quevedo —el más joven de los cuatro; el más viejo era Cervantes— se abría paso en las cortes de Europa, intrigaba, escribía poemas y tratados.

No sería exagerado afirmar lo siguiente: en 1611, la lengua estaba en un momento, desde entonces no igualado, de esplendor y prodigalidad. En ese año Sebastián de Covarrubias completa un trayecto iniciado en 1492 por Antonio de Nebrija, autor de la primera Gramática del español o castellano, dedicada a la reina Isabel de Castilla, católica reconquistadora de Granada.

Aparece, pues, el *Tesoro*, el Covarrubias. La Real Academia se funda en el siglo XVIII y publica su propio diccionario, el *De Autoridades*. En ese marco histórico, el trabajo de Sebastián de Covarrubias es, en estricto sentido, preacadémico, o sencillamente no académico. Es, por donde se le vea, una obra imprescindible si uno desea abordar temas históricos, enciclopédicos, lingüísticos y literarios.

Si se quiere leer en serio algunas obras centrales —o canónicas, si se quiere decir así— de la literatura española (digamos *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes*, los poemas de Garcilaso de la Vega, el *Quijote*), sin olvidar algunas obras de la Edad Media, lo mejor es tener a la mano el Covarrubias. Es un diccionario publicado en pleno despliegue barroco, desde luego; pero una porción grande de sus definiciones está enraizada en un marco medieval de pensamiento, no totalmente desprendido del escolasticismo. Como cualquier empresa de cultura en esos tiempos, uno de sus ejes son las Sagradas Escrituras. Una auténtica muchedumbre de citas en hebreo (y en árabe) esmalta sus páginas. No faltan tampoco, desde luego, las venerables lenguas clásicas, el griego y el latín, como debe ser. En esos tiempos no se conocía el término “clásico”: se hablaba de “los antiguos”.

El trabajo de Covarrubias paga con creces la deuda de su tiempo a la antigüedad. Junto a su medievalismo está aquí, entonces, su condición de obra representativa del tardío Renacimiento español en el ámbito de la época llamada barroca, combinación de

estilos de pensamiento y comprobación en acto de la relatividad de esos conceptos y rútilos para establecer periodos, marcos y calendarios en la historia cultural.

Estudiar literatura con un diccionario así al lado puede ser, por una parte, una aventura intelectual extraordinaria y, por otra, una de las mejores maneras de leer a los clásicos. Covarrubias perfecciona y redondea las ediciones anotadas. Pensemos en la obra cervantina de Francisco Rico, cuya culminación tiene dos momentos complementarios: la edición del *Quijote* de 1998, y la de 2005, conmemorativa de la aparición de la primera parte del libro en 1605. Los artículos de los especialistas convocados y coordinados por Rico y las notas informativas bastan para satisfacer la curiosidad de un lector medio y las necesidades de un profesor o un investigador; pero el Covarrubias nos permite sumergirnos en la época misma del *Quijote*, y es legítimo imaginarnos a Miguel de Cervantes hojeando el *Tesoro* en busca de noticias y despeje de dudas, pues esta obra apareció cuatro años antes de su muerte. A mí me gusta imaginarme a don Miguel cerciorándose del significado de uno u otro vocablo en esas páginas, mientras le da los últimos toques al *Persiles* o prepara la última versión, alistándola para la imprenta, de las *Novelas ejemplares*.

Algo, o mucho, tiene el Covarrubias del etimologismo enciclopédico de san Isidoro de Sevilla. No podía ser de otro modo: la obra de san Isidoro es una de sus fuentes inevitables. El Covarrubias, empero, se diferencia radicalmente de las Etimologías por su momento histórico y por sus alcances, por su formato y por sus “usuarios”, como diríamos ahora: es un diccionario en toda forma —un diccionario moderno, podemos decir— y nos sirve para aclarar mil y un asuntos lexicográficos y lingüísticos de aquellas épocas de hace cuatro siglos, y de más atrás todavía. Dicho de otra manera: constituye un instrumento indispensable para conocer bien algunas dimensiones cardinales de la literatura de los siglos de oro y de la Edad Media española. Sirve para leer bien y documentadamente el Poema del Cid o el Libro de Alexandre, por ejemplo.

Algunas ediciones anteriores del *Tesoro* —como la de la editorial Castalia— mezclaban las entradas redactadas por Cova-

rrubias con las de Benito Remigdio Noydens incorporadas en 1673; Noydens fue el diligente completador del libro de Covarrubias. La edición dirigida por Arellano las separa y publica la aportación de Noydens en una especie de suplemento o apartado, al final del volumen. Otra “novedad”: las ilustraciones, deudoras, en tantos sentidos, de ese género extinguido, estudiado por Mario Praz: la emblemática o emblematística.

Vuelvo al tema de la poesía y los diccionarios, para ponerlo en relación con el *Tesoro* de Covarrubias.

Cuántas veces se me ha antojado sacar varios renglones del libro y ponerlos en verso: el Covarrubias podría ser una fuente inagotable de *found poems*; pero el estilo de sus entradas tiene un sabor de época difícil de manipular en esa forma. No es eso exactamente lo más aprovechable para un poeta. Lo más lleno de riquezas, sorpresas y suscitaciones está en los artículos mismos, en la escritura enciclopédica de don Sebastián; con esto quiero sólo decir cuán inspiradoras son las entradas de su diccionario.

Inspiración, sí; por supuesto. ¿No sacan los poetas muchas de sus imágenes y hallazgos de los libros? No lo confiesan para no padecer la absurda acusación de “librescos”; pero ésa es otra historia.

La edición de 2006 del *Tesoro* de Covarrubias apareció poco antes de su 400 aniversario. No es, pues, una edición conmemorativa, uno de esos libros gordos y oportunistas, de mucho aparato, mandados a hacer por personajes o instituciones del *establishment* cultural o político, e impresos a todo lujo para celebrar a sus “editores”, muchas veces improvisados como tales. Son ediciones de puro despilfarrero y boato.

Esta reedición, profesionalísima, universitaria, del diccionario de Sebastián de Covarrubias Orozco, es conmemorativa en el sentido pleno de la palabra: nos permite recordar a todos juntos —eso significa “conmemorar”—, desde el punto de vista de la evolución del idioma, una de las épocas más impresionantes en la historia de nuestra lengua y de nuestra literatura.

Bien haríamos en celebrar el año próximo los 400 años de la publicación de este libro maravilloso. **U**